

26/5/1951. p. 5.

SARTRE



...Y EL CONCEPTO CRISTIANO DE LA TRAGEDIA

Por los muchos equívocos a que se presta la obra dramática del existencialista francés, Juan Pablo Sartre, queremos considerar brevemente las categorías estéticas y conceptuales que predominan en ella. Todo por lo parauójico que nos resulta el hecho de que un pensador nihilista como Sartre resuelva muchos de sus problemas estéticos, no de acuerdo con las categorías de la tragedia clásica, sino antes más bien, de acuerdo con las categorías estéticas y conceptuales de la tragedia cristiana. Veamos la diferencia atendiendo a su tema del Orestes en *Las Moscas*.

Hay una diferencia entre la tragedia griega y la tragedia cristiana. El sentimiento que suscita la tragedia griega es: ¡qué lástima que haya tenido que ser así! Un fatalismo profundo pervade sus estructuras estéticas. Entonces exclamamos: ¡qué terrible que así estuviese decretado! En la tragedia griega la existencia está en conflicto con la legalidad cósmica. La "moira" era impiacable con los dioses y los hombres.

La tragedia cristiana se levanta sobre la categoría existencial de la libertad y de la posibilidad. El sentimiento que suscita en nosotros es: ¡qué lástima que haya sido así, cuando pudo ser de otro modo! La catástrofe en la tragedia clásica no procede de una flaqueza en el carácter del héroe. Viene de las categorías inexorables que impone un destino fatal. En la tragedia cristiana no arredra el dolor ni la muerte. Arredar, sí, una mala

formas estéticas, desfilan por la obra: culpa, remordimiento, confesión, destino, tarea, el momento; y sobre todo la imponderable dialéctica de la libertad.

Orestes grita: "Soy mi libertad... de pronto la libertad cayó sobre mí y me traspasó... ya no tuve edad, y me sentí completamente solo". Orgulloso, el hijo de Agamenón le dice a Júpiter: "estoy condenado a no tener otra ley que la mía, hay mil caminos que conducen a ti, pero yo, porque soy hombre, debo inventar mi propio camino". Es la expresión soberbia del humanismo antropocéntrico; y también la del existencialismo nihilista, fatalmente anclado en la rada circunstancial del momento histórico.

A Orestes, en su libertad le falta un Señor, aunque tiene un pedagogo. El maestro le ha hecho leer temprano todos los libros. Ha pretendido hacerlo libre de todas las servidumbres y de todas las creencias. Sin familia, sin patria, sin religión y casi sin oficio, le han enseñado a no comprometerse nunca. Para Orestes todo ello es falsa libertad: "hilos que el viento arranca a las telas de araña", porque se siente radicalmente comprometido. Toda nuestra libertad la realizamos desde lo que somos, y desde donde fuimos implantados en la existencia.

Al hijo de Agamenón le suena falsa la libertad que le ha dado el pedagogo. La ha pagado muy caro. Ha dejado de ser él mismo. Ha falsificado su alma. Por eso exclama apesadumbrado: "¡ah, qué libre soy! ¡y qué soberbia ausencia mi alma!".



Muy curiosa nos resulta la manera cómo Sartre presenta su concepción del Orestes clásico en su tragedia *Las Moscas*. Sartre podrá ser todo lo irreligioso que se quiera, pero su concepción porque sus categorías dramáticas no afirman la tragedia de la fatalidad, sino antes más bien, el sentido cristiano de la tragedia de la libertad.

Orestes escoge quedarse en Argos, la ciudad angustiada y penitente, a pesar de que hay en Grecia ciudades dichas, "blancas y tranquilas, que se calientan al sol como lagartos". Electra le muestra una tarea a realizar. Un quehacer. Júpiter le insta a que se vaya. Orestes puede aceptar o no. Su decisión, empero, implica escoger entre una vida auténtica y una vida falsificada. Ante Dios Orestes hace su decisión y dice: "Ya no me marchó".

Categorías conceptuales del existencialismo cristiano, transubstanciadas en

ahí. No habría leído ninguno de tus libros. Pero por esa puerta hubiera entrado y salido diez mil veces". Esa hubiera llegado a ser su puerta, al referirse al palacio hubiese dicho "mi palacio". El calor de Argos hubiese sido "mi calor", por eso con acusadora voz nostálgica le dice Orestes al pedagogo: "Vámonos, ... ¿no comprendes que estamos a punto de pudrirnos en el calor ajeno".

Orestes, empero, tiene una decisión que hacer. Su vocación y su compromiso radical vuelve de nuevo a él reclamándole que se atreva a ser auténtico. Que sea lo que debe ser. Esa norma no la dicta ninguna moral abstracta. Arranca de su propia libertad, anclada en su particular circunstancia y con una peculiar responsabilidad.

Para ejercitar su libertad Orestes no encuentra camino. El mismo tiene que inventarlo. Ese imperativo de creati-

Juan Pablo Sartre, tal como luce hoy. El célebre autor existencialista francés, entre cuyos éxitos se cuentan "A Puertas Cerradas" y "Las Moscas", nueva versión de la tragedia clásica "Orestes", aparece aquí en compañía de Madame Suzanne Blum, la licenciada civil más famosa de Francia, en ocasión de ventilarse una demanda suya para detener el montaje en Broadway de una adaptación de su drama "Las Manos Sucias", al cual se le cambió el título por el de "Los Guantes Rojos". (Foto Wide World).

vidad le lleva a advertir la eterna Cifra Creadora en el universo. Al efecto, descubre una recóndita semejanza eres un Dios y yo soy libre, estamos su propio camino, le dice a Zeus: "Tú ere un Dios y yo soy libre, estamos igualmente solos y nuestra angustia es semejante".

Desde su soledad y angustia, el ser

libre clama por un cósmico compañero de ahogo y de tarea. No empecé la ideología del existencialismo antropocéntrico de Sartre. *Las Moscas* responde a las categorías estéticas de la tragedia cristiana. La obra se resuelve, en el fondo, como una tragedia de la libertad, precipitada en la encrucijada de una irrehuible decisión.

Por DOMINGO MARRERO